

CONCLUSIONES

Para la actual coyuntura (2013-2014), el presente trabajo analiza el proyecto de “independencia energética” y sus implicaciones para México, considerando que el vector de fuerza surge de Estados Unidos y se proyecta hacia Canadá y México. Partimos de los objetivos geopolíticos que en la región se despliegan a través del Proyecto de Integración Energética en América del Norte y de la llamada “revolución del gas de lutitas”, que se expande hacia espacios territoriales más amplios. El aumento de la oferta de este recurso energético permite a Estados Unidos proyectar una imagen de potencia energética como palanca de negociación, a fin de lograr el “acceso” para su industria petrolera en sectores energéticos de muchos países, a partir de modificar las regulaciones, así como los regímenes fiscales y de propiedad en esas naciones.

En contraste con el pasado, la estrategia no se limita al petróleo, incluye todos los recursos fósiles y las energías limpias. Se asocia a su proyecto nacional en la medida en que busca espacios de oportunidad para sus empresas, crear empleos para sus ciudadanos y extraer ganancias de las enormes rentas que se generan en el sector. En virtud de que el proyecto se extiende al resto de América Latina, se diría que constituye la nueva cara del ALCA.

Conviene señalar que el “gran potencial energético” que significa el desarrollo del gas de lutitas tiene que ver con un aumento en la producción de gas y, en menor medida, de petróleo (su producción de crudo fue de 6.5 MMb/d en 2012, U.S. Department of Energy, 2012a), cifra que aún está lejos de cubrir su consumo nacional de 19 MMb/d). De ahí que esté fuera de sus consideraciones dejar de depender del petróleo del Medio Oriente y de sus principales abastecedores. El nivel de sus importaciones totales fue de 10.6 MMb/d en petróleo y refinados en el 2012.¹⁵ Por ello, Estados Unidos sigue

¹⁵ En 2013, sus exportaciones fueron de 3MMb/d, lo que llevó a un nivel de exportaciones netas del orden de 7.4 MMb/d (U.S. DOE/EIA, 2013).

y seguirá dependiendo de países amigos y no amigos (véase el anexo) ante su incapacidad de alcanzar la autarquía petrolera.

Aun en el caso de aumentar la oferta petrolera nacional, intentar la autosuficiencia sería una opción costosa que restaría competitividad a su economía. Desde hace años, su decisión fue desvincular la dependencia petrolera de la consideración de vulnerabilidad, a través de una estrategia global de diversificación de fuentes de aprovisionamiento. Esto no parece ser claro para los funcionarios mexicanos.

La estrategia internacional de Estados Unidos se sustenta en el discurso de que es su responsabilidad “ayudar” a que otros países, como México, que “carecen de inversiones”, desarrollen sus recursos energéticos, contribuyendo así no sólo a resolver su seguridad energética, sino también la de la comunidad internacional. No obstante, sería conveniente destacar que, en términos absolutos, Estados Unidos tiene el mayor consumo petrolero del planeta, y si se utilizan indicadores biofísicos, corresponde a un estándar de vida que, en términos de huella ecológica, equivale a utilizar los recursos de cinco planetas. Estados Unidos tendría que asumir primero su responsabilidad —como en el asunto del tráfico de drogas— en lo que respecta a moderar su propio consumo energético. El espíritu de “misión” debe empezar en su propio entorno.

Asimismo, se analizó aquí el papel que cumple México en este proyecto, a partir de sus metas productivas y la estimación de recursos en aguas profundas, Chicontepec y el sureste de México, así como en la cuenca de Burgos para el gas de lutitas. Es evidente que el potencial de México sigue estando en el sureste, cuyo desarrollo se privatiza a través de los contratos de servicios integrales. En el resto de los prospectos, el potencial es de limitado a inexistente. La imagen de “potencia energética” que se presenta de México obedecería al objetivo de acceder al espacio territorial mexicano para el negocio de sus empresas.

De igual manera, la situación actual es la oportunidad de beneficiarse de la renta petrolera de esa industria mexicana, a través de los grandes presupuestos asignados a estas obras. Perder piso sería muy costoso para México. Sobre todo con una producción irrisoria como la del petróleo de lutitas, cuyo desarrollo sería la introducción del caballo de Troya en nuestro territorio para una plausible modificación de derechos de propiedad en el

sector. Sería la oportunidad de justificar grandes metas productivas, grandes presupuestos y la incorporación de “muchos” operadores, lo cual constituye otra forma más de privatización.

Un aspecto medular de la propuesta del Proyecto de Independencia Energética es la base de recursos a explotar. De aquí parte toda la imagen de “revolución” energética en Estados Unidos que se quiere proyectar a la región en su conjunto. Si los recursos no renovables constituyen reservas probadas en territorio estadounidense, esto no es así para México. Los denominados “recursos prospectivos o potenciales” son la parte recuperable de los volúmenes de hidrocarburos aún por descubrir. Los recursos prospectivos no son reservas. La probabilidad de recuperar un recurso prospectivo, esto es, una reserva por descubrir mediante la perforación de pozos exploratorios, es menor del 10 por ciento, y sería tan baja como la de jugar a la lotería (Garaicochea, 2013). Maximizar la producción petrolera en México, partiendo de la imagen de un potencial de recursos, con el fin de alcanzar de nuevo el pico de producción para el año 2024, no sería la decisión más adecuada, pues significará acelerar el agotamiento de un recurso no renovable y hoy más que nunca estratégico.